

— Sí, tiene usted muchísima razón abuela, no debía

II

— Señorita Hertelín espero que permitirá usted que le presente á mi amigo Robinsón Cantor, de Cincinnati. Es un compañero excelentísimo que siente por la pintura un entusiasmo tan grande como yo.

— Sí, un gran entusiasmo, añadió el americano avanzando precedido por Reinaldo Brown y sonriendo con dulzura.

La señorita Hertelín se levantó del taburete en que estaba sentada frente al retrato de la señora Brown. Dedicó una tímida sonrisa al recién llegado que se inclinó ante ella, pero la anciana intervino vivamente para decir :

— Reinaldo, desearía que se molestase lo menos posible á la señorita Hertelín cuando trabaja. Hemos convenido en que nadie verá el retrato hasta que esté completamente terminado y hasta que la artista dé su autorización.



haber traído á Robinsón, pero ha insistido tanto... Espero señorita Hertelín que me perdonará usted.

Rosalía se inclinó ligeramente y se puso á trabajar. El retrato de la señora Brown, ya bastante adelantado, era de un extraordinario parecido. La cabeza, de pronunciadas líneas, muy regular, y coronada con hermosos cabellos blancos, se salía del lienzo y resaltaba sobre un fondo gris plata que armonizaba admirablemente con la nívea blancura de la cabellera. La señora Brown vestía un traje de muaré gris claro, de manera que, aquellas gradaciones de tonos, del gris al blanco, formaban una sinfonía de colores de un atrevimiento vibrante y armonioso. Robinsón Cantor, de pie ante el lienzo, estaba sumido en muda contemplación. La señorita Hertelín lo sentía detrás, juzgándola mentalmente, criticándola tal vez, y sin atreverse á volverse ni á interrogarle, pintaba con febril ansiedad. Había palidecido un poco, y sólo se tranquilizó al oír un profundo suspiro, y estas palabras murmuradas con admiración casi religiosa :

— Soberbio, prodigioso. ¡Oh! Señora Brown, ¡qué obra tendrá usted! Después de los retratos de Sebastián Lepage, nunca un pínzel, ni el de Whistler, ha dado una nota artística tan personal y al mismo tiempo tan exacta. Eso es interpretar la naturaleza como pudiera hacerlo un Van Dyck con su maestría... ¡Qué obra!

Rosalía se volvió. Su rostro de muchacha fea resplandecía de gozo; sus ojos se iluminaron con radiante agradecimiento, y, transfigurada y con timidez, preguntó :
— ¿ Está bien ?

El americano no contestó. Presa de una agitación que no

podía contener, se había puesto á dar vueltas por el salón.

— Es una revelación — repuso. Y se deberá á usted, Reinaldo. No me explico cómo yo, que conozco todos los cuadros, á todos los pintores, á todos los vendedores y aficionados, y que visito todas las galerías, no he tenido noticia de un talento semejante. Y Reinaldo lo ha descubierto por casualidad. Pero señorita Hertelín ¿ no exponía usted ? ¿ No vendía nada ? ¿ Sus cuadros estaban escondidos ? ¿ En dónde se encuentran ?

— ¡ Ah! Caballero — contestó la joven — trabajo desde hace varios años, expongo desde hace dos, y mis cuadros los vende Regis, el de la calle Laffitte. Pero sin duda mis producciones debían ser muy vulgares, lo que exponía de escaso valor, puesto que nadie, antes que el señor Brown, había demostrado el menor interés.

— Los aficionados son ciegos — dijo la abuela cuyos labios contrajo una sonrisa casi imperceptible. — Para hacerles recobrar los ojos, es preciso que el rayo los ilumine. Mi retrato marcará el principio de la celebridad de nuestra artista.

— Como favor especialísimo, suplico á la señorita Hertelín que haga mi retrato en cuanto termine el de la señora Brown — dijo Cantor. — Pero Reinaldo, enséñeme usted esa cabecita de niña que ha comprado.

— Está en mi despacho.

— Sí, vayan á verla — dijo la señora Brown — y no vuelvan hasta que se les llame. Molestan á la señorita Hertelín, y no lo puedo consentir.

Los dos hombres salieron. El silencio se restableció en el vasto salón en que la anciana, en medio de sus objetos familiares y en el marco de su vida normal, servía de modelo. Al cabo de algunos minutos, la señora Brown repuso :

— Cantor es un hombre excelentísimo pero verdaderamente la pintura le vuelve loco. Yo le quiero mucho. Su madre era muy amiga de mi hija, la madre de Reinaldo, y su padre era canadiense como yo. Eso le explicará por qué habla tan fácilmente el francés...

— Lo mismo que usted, señora Brown. La pureza de su pronunciación me maravilla.

— He perdido mucho, pero viviendo en Francia, es cosa que se recobra pronto. Vea usted, para nosotros, los americanos, la estancia en su país ha llegado á ser indispensable. Nos enriquecemos en América, y venimos á gozar de nuestra fortuna en París. Cantor vive también mucho en Inglaterra... No tiene familia, y viene continuamente á mi casa. Le quiero mucho. Bajo una apariencia de frialdad, oculta un temperamento apasionadísimo.

Rosalía se había levantado, y retrocedió unos pasos para juzgar el efecto de su trabajo. Hizo una mueca de satisfacción, y acercándose al caballete dió un toque rapidísimo. Volvió á retroceder, y dejando la paleta y los pinceles dijo :

— Bueno, basta por hoy.

En aquel mismo momento un criado apareció con el

té, y Reinaldo y su amigo entraron. La señorita Hertelín parecía interesar vivamente á Cantor. Se sentó cerca de ella, la miraba con el rabillo del ojo, y con curiosidad espiaba sus gestos y actitudes. Rosalía, tan modestamente vestida de negro, tan delgada y delicada, parecía muy joven. Su rostro irregular carecía en absoluto de belleza, pero cuando sonreía, el acuerdo que reinaba entre sus labios y sus ojos le prestaba un encanto particularísimo. Por lo demás, sin el menor asomo de coquetería, parecía un muchacho y sus maneras cautivaban por lo naturales. Con apetito, comía un emparedado mientras escuchaba la alegre charla de Reinaldo Brown que explicaba los extraordinarios sucesos que con vendedores de cuadros de Nueva York le habían ocurrido. Tentativas para venderle á precios exorbitantes falsos Corot, ó falsos Duprés, cuyos originales estaban en el palacio del Ermitaño ó en la Galería Nacional de Londres, y de los que poseía las fotografías. Propositiones para asociarse y formar una colección que habría de venderse algunos años después haciendo gran reclamo. Todos los procedimientos y todas las estrategias que sirven para explotar á los compradores sirvieron de conversación, y de ello se burlaron grandemente.

— Todo coleccionista tiene dentro un especulador — dijo Reinaldo Brown. — Al escoger un cuadro, es indudable que el aficionado se deja guiar por su gusto. Se dice : he ahí un cuadro bonito, es preciso que lo compre. Y se dice también : Algún día su valor aumentará, y si me desprendo de él, saldré ganando.

— Por mi parte, nunca me he hecho cálculo parecido — dijo Cantor. — Sólo pienso en la satisfacción de poseer una obra que me gusta. Nunca he creído que me pudiese cansar, y hay más, el valor aumenta con la posesión, y una obra, desde el momento que me pertenece, se me antoja más bella.

— Querido, razona usted como un enamorado y no como un coleccionista. En este punto es usted turco, y su galería es algo así como un serrallo del que los lienzos, verdaderas sultanas, no pueden salir.

— Es cierto, no pueden salir — dijo Robinsón riendo — pero se les puede ver.

— Y cuando le falta sitio — preguntó la señora Brown — porque las paredes de su hotel no son elásticas y momento debe de llegar en que no haya libre ni un sólo rincón ¿ qué hace usted? ¿ Quema sus cuadros?

— No, los regalo á los museos de América, y no hacen mal papel en ellos.

Rosalía escuchaba estupefacta á aquellos extranjeros que hablaban de sus fantasías y de sus larguezas, y sentía la sensación de que se bañaba en un río de oro. Aquellos archimillonarios, más poderosos que reyes y príncipes, jamas se sentían contrariados en la satisfacción de sus caprichos. Al oírlos se adivinaba que nada era imposible para ellos y que la fuerza invencible de su riqueza les colocaba por encima del mundo entero. La tranquila seguridad con que hablaban de procurarse cuanto les gustaba, ponía de manifiesto que para ellos todo se ven-

día y que no conocían las negativas cuando sacaban del bolsillo el inagotable talonario de cheques.

A pesar de que el tiempo discurría agradablemente, Rosalía, á fuer de discreta, se dispuso á marcharse. La señora Brown le dijo con extrema amabilidad :

— No olvide que me ha prometido presentarme á su madre y á su hermana. ¿ Cuándo las traerá usted?

— Señora, mañana mismo si lo permite usted. Vendrán á buscarme después de la sesión.

— Pues mañana entonces.

Desde que la señorita Hertelín iba á trabajar á casa de la señora Brown, y había descrito á su madre y á su hermana las maravillas que encerraba el hotel de la Avenida de los Campos Elíseos, las dos mujeres no pensaban en otra cosa. La invitación para visitar á la riquísima americana las había transportado de gozo, pero la primera dificultad que se presentó, fué la de los trajes. La señora Hertelín había declarado que su raído traje no podía ser conveniente para visitar á persona de tan elevada posición y que era preciso que Genovena estuviese también muy bien vestida. La buena señora no quería de ningún modo que la compadeciesen y quería demostrar al mismo tiempo quien era. Pensó encargar un coche de lujo para no llegar al hotel de los Campos Elíseos en simón, pero Rosa, con mucha suavidad hizo notar que, como la señora Brown conocía la modesta posición de su familia, aquella ostentación de lujo habría de producirle muy mal efecto :

A estas razones, y contra su costumbre, la señora Hertelín se rindió sin resistencia. Refunfuñaba al ver que su hija mayor triunfaba mientras la menor había fracasado, pero el interés común le hacía mantener cierto tenor. Conformóse comprando un precioso traje, hechura sastre, para Genoveva, y un abrigo para ella. Rosalía fué quien, dichosísima al verlas tan elegantes, las había llevado á casa de un gran modisto de la calle de la Paz. La excelente muchacha no había renovado aún su modesto traje de lanilla negra, pero consideraba muy justo que su madre y su hermana no hiciesen lo mismo, y se presentasen con elegancia. Hizo cuanto fué necesario con verdadera satisfacción.

Cuando á eso de las cinco las vió entrar en el salón de la señora Brown, acicaladas, radiantes é imponentes, sintió inmensa alegría. Su hermana y su madre habían recobrado el antiguo prestigio, representaban maravillosamente la alta burguesía parisiense á que pertenecían, y podían tratar de igual á igual á los ricos comerciantes que vivían rodeados de un lujo desvanecedor.

El señor Freeman, primer secretario de embajada, había ido con Robinsón Cantor para admirar el retrato de la señora Brown del que Reinaldo hacía los honores como si fuese su obra personal. Desde el primer instante pareció á todos cosa cierta que la hermosura de Genoveva Hertelín había impresionado vivamente al señor Freeman. El americano permanecía inmóvil con los ojos fijos en la hermosa rubia sin ocuparse para nada del retrato. La



La expresión de los hermosos ojos de la cantante daba aun mas prestigio á su voz (pág. 39).

señora Hertelín había acaparado á Reinaldo y hacía el panegírico del talento de Genoveva. De Rosalía no dijo ni una palabra. Ésta se había captado todas las simpatías en casa de la riquísima americana, y preciso era restablecer el equilibrio en beneficio de su preferida.

Celebró tanto y tan bien la voz incomparable de su hija, que un instante después, y con la complicidad de todos los presentes, el piano se abrió y Genoveva fué conducida hasta él por Reinaldo. Rosalía se sentó frente al teclado para acompañar á su hermana, y ésta, irguiendo la encantadora cabeza con coquetona seguridad, atacó la gran aria de La Reina de Saba.

Verdaderamente poseía una voz magnífica que manejaba con extraordinaria habilidad. En aquel gran salón, vacío y sonoro, las cadencias se desenvolvían con gran pureza y poderío. La expresión de los hermosos ojos de la cantante daba aún más prestigio á su voz, y al vibrar las últimas notas, los auditores permanecieron inmóviles como si á todos animase el deseo de oír más.

Al fin, la señora Brown se levantó para cumplimentar á la joven, y de este modo se rompió el encanto que paralizaba á los oyentes. La señora Hertelín, á quien la emoción había hecho palidecer, recogía los elogios que todos prodigaban á Genoveva. En un instante reapareció el recuerdo de los pasados triunfos. Los rencores de los pasos inútiles, las finas negativas, las humillaciones del talento depreciado y puesto en duda, se habían borrado. ¿Acaso no era una horrible pesadilla aquel pasado de

estrecheces y de angustias? El cuadro de aquel suntuoso salón, la presencia de auditores entusiastas, ¿no permitía creer que las horas de esplendor habían vuelto y que la fortuna, un momento eclipsada, reaparecía con mayor esplendidez y fidelidad?

— Sus dos hijas, señora, son dos artistas admirables — dijo Robinsón Cantor con voz velada por la emoción.

— Es usted una madre privilegiada.

La señora Hertelín recibió el cumplido con una serenidad que no permitía adivinar los años de privaciones y de duda, de amargura y desesperación, pasados en su modesto cuarto del *faubourg* Poissonnière. Trataba de potencia á potencia con aquellos ricos extranjeros, y aceptó muy dignamente una invitación para que fuesen á comer la próxima semana. Los sueños de contrato en la Ópera habían ido á parar muy lejos. Si la mefistofélica barba del director se hubiera mostrado encuadrando un rostro sonriente y lleno de promesas, la señora Hertelín se hubiera hecho la desentendida.

De salir al escenario se trataba en el momento en que Joë Freeman permanecía estático ante Genoveva, como si la sombra de Washington se le hubiese aparecido, y eso con visible descontento por parte de Reinaldo Brown, cuyos ojos azules se fijaban en el rostro encantador de la cantante con un entusiasmo mucho mayor aún que en el admirable retrato de su abuela pintado por Rosalía. Aquella madre saturada de desencantos veía que, como por milagro, volvía la suerte, y á su hija, desdeñada durante

largos meses por burgueses insignificantes, deseada repentinamente por competidores de los que, el de menor importancia, sobrepasaba en mucho sus más ardientes esperanzas. Y en lugar de mostrarse orgullosa, de entontecerse y perder la cabeza, la señora Hertelín, por un prodigio de diplomacia maternal, se mostraba más fría, menos comunicativa, y á medida que los admiradores de su hija daban un paso adelante, ella daba tres atrás.

— Vamos hijas mías, preciso será que nos vayamos — dijo la señora Hertelín, no queriendo de ningún modo que una presencia prolongada entibiase el efecto producido. — Dad las gracias á la señora Brown por la amable acogida que os ha dispensado, y retirémonos.

Reinaldo y Freeman no hicieron ningún esfuerzo para ocultar su contrariedad. Cantor, á quien los gorgoritos de Genoveva habían parecido un intermedio encantador, pero que no por esto perdía de vista á la pintora, le preguntó tímidamente si le permitiría que visitase su estudio.

— Pero, caballero, — respondió la joven riendo con ingenuidad — yo no tengo estudio. Trabajo en una habitación en la que no cabría este piano de cola. Por otra parte, no tengo nada para enseñar, todo está en casa de Regis. Además, si quiere que le diga francamente lo que pienso, mejor será, si quiere juzgarme, que espere á que haya producido algo más que lienzos para la venta. Hasta ahora, únicamente he trabajado á gusto del vendedor. De hoy en adelante, la inspiración sera mi única guía.

30624

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTECERRE, MEXICO

— Esperaré pues, señorita — dijo Cantor con respetuosa ternura. — Pero si al trabajar en un próximo cuadro quisiese pensar en mí, yo me daría por muy satisfecho poseyendo una de sus obras.

— Con muchísimo gusto. Le diré á Regis que le avise en cuanto tenga algo...

— Espero que la veré con bastante frecuencia para que me avise usted misma.

La joven dió las gracias con una ligera inclinación y después de despedirse de la señora Brown, siguió á su madre y á su hermana. Apenas fuera del hotel, y mientras bajaban á pie los Campos Eliseos, la señora Hertelín demostró á Rosalía todo su desagrado :

— ¿Es posible que se sea imbécil hasta ese extremo? ¿Qué necesidad tenías de hacer saber á ese americano que vivimos miserablemente y que trabajas en una habitación? ¿Por qué no le has dicho que tu estudio está en la cocina? Ves que hago cuanto de mí depende para que esas gentes formen buena opinión de nosotras, y tú te ingenias para ponernos por los suelos. En el momento en que tu hermana por su belleza y por su talento produce en esos jóvenes inmenso efecto, encuentras medios para comprometerlo todo con tus torpezas. ¡Dios mío, cuántos esfuerzos para salir de una mala situación! Y sin embargo, lo conseguiremos. Sí, lo siento, la ocasión es única y hay que aprovecharla.

— Pero mamá ¿qué piensas?

La señora Hertelín fijó en su hija una mirada llena de

desconfianza, y, encubriendo la expresión triunfadora de su rostro con una sonrisa grave murmuró :

— Ya lo sabrás; confía en mí, y te ruego que en casa de los Brown no hagas ni digas nada sin consultarme antes.

Después de la salida de la madre y de sus dos hijas, no era menor la agitación en el hotel de los Campos Eliseos. El señor Freeman no había ocultado su admiración por la encantadora Genoveva y por su extraordinario talento. Inmediatamente se había procurado una mirada hostil de Reinaldo Brown. El joven americano, al observar que la hermosa cantante había producido tan grande efecto al secretario de embajada, se había replegado en sí mismo y había reflexionado.

Con precisa y rápida facultad de análisis, tenía costumbre de observarse, de juzgar sus sentimientos, y de evaluar los movimientos de su espíritu. Hubo de confesarse que la calma ordinaria de sus facultades se había turbado, y que una inclinación muy viva se manifestaba en él hacia aquella encantadora personita á quien no conocía dos horas antes. A un tiempo se sintió asustado y descontento. Comprendió que se metía en un sendero tan obscuro como peligroso, y tomó la firme resolución de abrir bien los ojos antes de seguir adelante. Le pareció absurdo haber resistido á las proposiciones más ó menos encubiertas, para hacerle contraer matrimonio, de las familias mas poderosas del Nuevo Mundo, y haber permanecido soltero hasta los treinta y cinco años, para

exponerse á perder su libertad por una burguesita francesa de la que ignoraba totalmente los antecedentes y la respetabilidad.

Con prudencia práctica pensó que no porque la señorita Rosalía Hertelín tuviese un gran talento como pintora, fuese esto un motivo para que Reinaldo Brown hiciese locuras por la hermana que cantaba de modo exquisito. Sin embargo, no se le ocultaba que nunca había sentido parecida impresión, y que el famoso amor repentino del que tantos efectos cómodos se han sacado en las comedias, debía de ser muy semejante á la impresión que acababa de experimentar.

Después de haber reflexionado bien, se reprochó su primer sentimiento de hostilidad en contra del señor Freeman, al que siempre había tratado como á un amigo, y como era un perfecto caballero y se daba cuenta de los deberes que el ser dueño de una casa y recibir en ella impone, se acercó á él, le habló con afabilidad, y consiguió borrar los primeros efectos de la brusca desconfianza que había manifestado. Pero como en cuestiones de negocios era muy claro, aunque fuesen estos negocios de corazón, al día siguiente por la mañana se fué á una agencia de informes con objeto de que se hiciesen pesquisas con respecto á la familia Hertelín.

Quería que se le informase con respecto á aquella familia, conocer su pasado, su presente, tener, en una palabra, sobre ellos, una hoja de información como las que tenía de todas las casas de comercio con que hacía ope-

raciones. Y ¿qué operación más importante que aquella en que podía comprometer una fortuna de doscientos millones de dolares y su participación en la casa Brown and Sons ?

La agencia Sparklett á que se había dirigido, era una oficina anglo americana muy formal, lo contrario de esas agencias francesas que con la mayor tranquilidad roban á sus clientes avisando á las personas con respecto á las que tienen encargo de hacer averiguaciones, cosa que les permite cobrar de las dos partes aunque las noticias que den sean falsas. En veinticuatro horas, Reinaldo Brown supo á qué atenerse con respecto á la honradez de la familia Hertelín. Tuvo noticia de los reveses experimentados por el banquero, la escrupulosa probidad con que había pagado hasta el último céntimo, su completa decadencia, y los laboriosos esfuerzos hechos por él para atender á las necesidades de su familia.

Le describieron á la señora Hertelín como señora muy orgullosa, algo agriada por la desgracia, y á sus hijas, como personas cuya conducta las hacía dignas del mayor interés. Supo que Genoveva había procurado entrar en el teatro sin conseguir contrata y que Rosalía vendía cuadros á un precio más que insignificante á Regis, el de la calle Laffitte. La nota remitida por el joven señor Sparklett era de una exactitud tan absoluta, que emocionó á Reinaldo. Hubiera preferido informes menos favorables. En el estado de espíritu en que se encontraba, aquello era un estímulo que consideraba enojoso, pues los Her-

telín, que ya le interesaban demasiado, habían de serle más simpáticos aún al saber que eran personas tan recomendables.

Aquel día, con la hoja de informaciones en el bolsillo, Reinaldo se entregó á sus ocupaciones acostumbradas, pero con todo estaba preocupado pues no sabía con exactitud lo que quería saber. Para aquel caracter libre y aquel espíritu recto, toda vacilación era una enfermedad de la voluntad que le hacía sufrir lo indecible. Con cierta vaguedad se sentía á punto de cometer una tontería, y, sin embargo, no podía reprochar nada á las personas en provecho de quienes temía cometerla. Con todo, por espacio de dos días dejó de ir á casa de su abuela á las horas en que estaba Rosalía. Al tercer día se fué á Londres á donde le llamaban sus negocios y rogó á la señora Brown que le excusase acerca de las señoras Hertelín si no estaba de regreso para el día en que debían ir á comer.

Durante este tiempo se produjeron tan repentinos cambios en la situación de fortuna de Rosalía, que un cerebro menos equilibrado que el suyo hubiera podido perturbarse. En un solo día, cuatro personas habían ido á casa de Regis y habían escogido varios lienzos entre los que de la señorita Hertelín poseía, y al día siguiente, Bechmann, de Nueva York, había llegado con gran precipitación y se había mostrado muy afligido al tener noticia de que había llegado tarde. Interrogó á su compañero para saber si eran coleccionistas ó vendedores los que de tal modo acaparaban la producción de Rosalía, y algo

tranquilizado al saber que no eran mercaderes, había hecho acto continuo un contrato con Regis para los diez primeros cuadros que la joven artista le vendiese. El Me-



cenas de la calle Laffitte, al ver como la mercancía se le iba de las manos, se había precipitado á casa de Rosalía para hacer nueva provisión y para incitarla á que produjese rápidamente. Pero tropezó con la resolución firme y fría de la señorita Hertelín que, nada envanecida por el éxito, no quería aprovecharlo y se proponía cuidar más su trabajo y no entregar más que obras bien estudiadas. Regis se arrancaba los cabellos.

— Pero, desgraciada criatura — exclamaba, — usted no se hace cargo de lo que sucede. Cuando las ocasiones se presentan es preciso aprovecharlas. En nuestras manos han caído una serie de aficionados á los que es preciso explotar. Produzca, produzca.

— No, señor Regis, no. Yo no juzgo mi situación como usted la juzga — respondió Rosalía. — La única probabilidad que tengo de triunfar es el cuidado que ponga en mi producción. Si caigo en lo vulgar y en lo mediano, estoy perdida. Es preciso que vaya de mejor en mejor. Pocos lienzos pero buenos lienzos, y nada de comercio, á ningún precio.

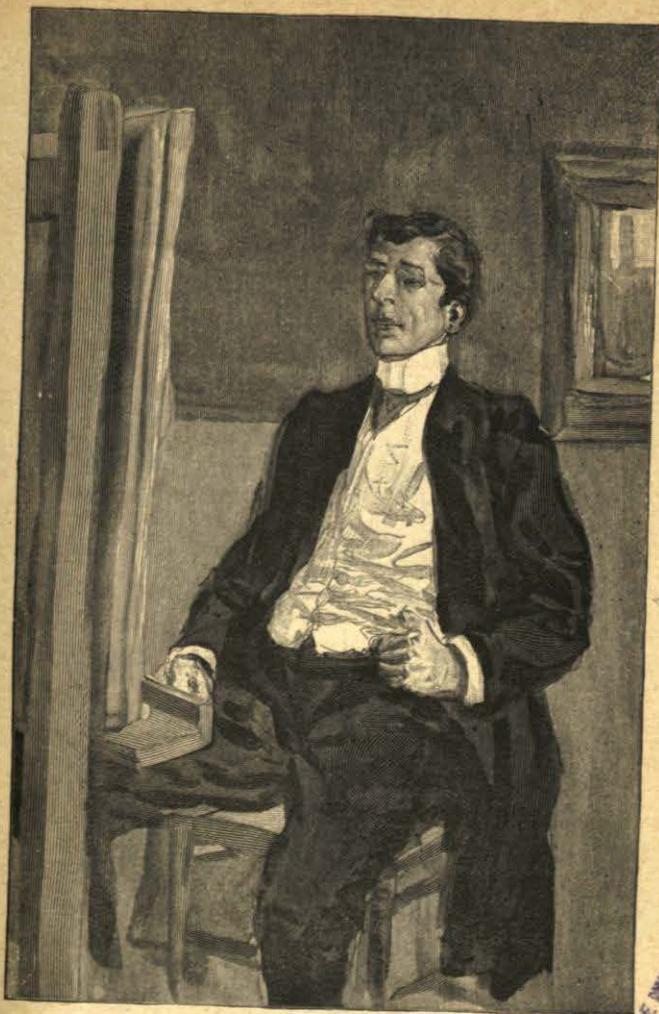
— Es mi ruina — gimió Regis. — Yo que creía que iba usted á darme un estudio todos los días y un gran cuadro todos los meses. Tengo diez vendidos por adelantado, y he recibido ya el dinero. ¿Qué será de mí si no me da usted nada?

— Será usted lo que era antes, un comerciante excelente que hará muy buenos negocios.

— Pero si usted quiere, puedo ganar cien mil francos al año.

— Los ganará usted también, sólo que, en vez de venderle doscientos bocetos sin importancia, le entregaré cinco ó seis cuadros de valor. Su comercio no sufrirá lo más mínimo y mi reputación aumentará.

— ¡ Ah! Ahora le da á usted por la conciencia. Mientras Corot copiaba del natural nadie le daba más de quinientos francos por sus mejores cuadros. A partir del día



Representaba á Reinaldo en su gabinete, sentado y examinando un cuadro (pág. 54).

en que se puso á trabajar en su estudio, trabajando á destajo y alternativamente en tres cuadros á un tiempo, siempre los mismos, que alineaba después á lo largo de la pared como si fuesen leña para la chimenea, no pudo dar abasto y logró hacer la fortuna de los vendedores de cuadros de ambos mundos.

— Si no hubiese trabajado del natural durante cuarenta años y vendido mal sus cuadros, no hubiera podido más tarde trabajar tan fácilmente en su estudio. Además Corot era Corot, yo sólo soy una modesta discípula.

Regis, muy impresionado por aquel hermoso ejemplo de orgullo artístico, volvió á su casa llevándose los dos últimos lienzos que poseía la señorita Hertelín, pagados por él á tres mil francos cada uno y vendidos en seguida por diez mil á su compañero Bechmann que ni siquiera pestañeó, por la excelente razón de que se los había encargado por quince mil la casa Erskine de Londres. Había sido suficiente que Reinaldo Brown permaneciese tres días en Londres, hablase del descubrimiento que había hecho de una joven artista de gran talento y de mayor porvenir aún, para que en un instante el teléfono funcionase entre Inglaterra y Francia poniendo en movimiento la especulación y subiendo á las nubes los cuadros de la señorita Hertelín.

Lord Paget acababa de adquirir á precio muy elevado los dos cuadros de la señorita Hertelín, sin verlos siquiera, tan sólo por la recomendación hecha por Rei-

naldo Brown. Á todo esto, tan rápida ascensión había hecho tan poca impresión á la joven artista, que nada había cambiado á su traje tan sencillo como el de la más modesta institutriz, y todavía no pensaba en alquilar un estudio en el que pudiese trabajar con comodidad. Continuaba yendo en tranvía á casa de la señora Brown, y ni siquiera se había comprado un par de guantes. Preciso fué que la misma señora Hertelín, avergonzada por los trajes de su hija, le encargase uno de seda en casa de un modisto, para que, Rosalía, indiferente á todo lo que no fuese su arte, se vistiese con algo más de elegancia.

En su reducido gabinete había empezado un estudio de niña, dormida sobre su libro, que prometía ser una obra maestra. La flexibilidad del cuerpo, la gracia del rostro, la calma y serenidad de la expresión, los entreabiertos labios por los que pasaba el aliento regular de la criatura dormida, las manos próximas á dejar escapar el libro, y sobre todo, la atmósfera flúida, clara y luminosa que bañaba el cuadro, llamaban la atención con esa insistencia que revela la maestría. El señor Hertelín no se cansaba de admirar el lienzo; hubiera querido conservarlo, y rogaba á Rosalía que no lo vendiese. Pero ésta le contestaba sonriendo.

— Papá, no somos lo bastante ricos para permitirnos semejantes lujos. Regis me dará seis mil francos lo menos; y además, está destinado al señor Cantor, lo hago para él. Si tanto te gusta, te haré un boceto jugando...

Y en verdad que no podía expresarse con mayor

exactitud. Se divertía trabajando, y parecía que jugaba. Cuando se sentaba ante su caballete las horas pasaban para ella con increíble rapidez, y los modelos le pedían gracia antes que se hubiese cansado de pintar. Al caer el día, encendía la lámpara y, sentada á la mesa, dibujaba sin contorno preciso, y con extraordinaria exactitud, esas caras de mujer realzadas con algunos toques de sanguina que tan grande éxito han obtenido y cuyas reproducciones, en papel de china, forman series de las que se han tirado ejemplares á cientos. Así hizo el retrato de su madre y el de su hermana, que son dos obras maestras dignas del lápiz de Ingres del que recuerdan su factura purísima y algo fría. Desde Couture, nadie había dibujado con semejante precisión.

La aparición de esos primeros dibujos en los escaparates de Regis produjeron vivísima sensación en el mundo de los aficionados. El mercader encontró un desquite de la calma de la artista, en lo que á la pintura se refería, y pudo obtener de ella un dibujo por día que vendía á buen precio. Mujeres en coche con sombreros enormes, mujeres tendidas en un sofá leyendo, mujeres sentadas en una butaca y meditando con aspecto apasionado, y todos esos rostros tenían cierto no sé qué enigmático, algo perverso, que les daba aire de familia y constituía el sello de la artista.

En los escaparates se les reconocía de lejos, y llegaron á ser familiares para el público. La gente decía: « Es un Hertelín » como en otros tiempos murmuraba: « Es un

Díaz ». La notoriedad se estableció. Ya se apreciaba el talento de Rosalía y se estimaban sus obras antes de conocerla á ella misma. La señora Brown, que tenía el monopolio de la joven artista, puesto que únicamente en su casa se la podía ver, sufrió un asalto de curiosidad que la divirtió en extremo. De esta boga sacó un gran partido en beneficio de las dos hermanas, pues al mismo tiempo que contestaba á las preguntas que con respecto á Rosalía se le hacían, no dejaba de elogiar á Genova.

El gran movimiento de boga se produjo cuando se expuso el retrato de la señora Brown en la galería contemporánea. Aquello fué un golpe de teatro. El público y la crítica lucharon para ver quien de los dos se entusiasmaba más. Los mismos artistas, encantados al tener ocasión de rebajar las reputaciones adquiridas consagrando un talento nuevo, se aprovecharon del retrato de la señorita Hertelín para batir en regla á los cuatro ó cinco grandes retratistas del día. Los pusieron á los pies de la triunfadora que, con mucha suavidad, y sin darse cuenta de ello, llegaba á ser una celebridad parisiense.

Por el momento estaba ocupadísima haciendo el retrato de Reinaldo Brown, y al reproducir los trazos del americano experimentaba una satisfacción hasta entonces desconocida para ella. En vez de hacerlo de tamaño natural, cortado por las rodillas, como á su abuela, lo hacía pequenito, como el que Meissonier hizo de Alejandro Dumas. Representaba á Reinaldo en su gabinete,

sentado, y examinando un cuadro. El lujo de detalles, lo acabado del rostro, y la precisión de los accesorios, todo recordaba en la factura, el género de los grandes maestros holandeses. Cualquiera lo hubiera creído un Miéris. Extraordinario contraste formaban el rostro tan libremente tratado y pintado de la señora Brown con el cuadro preciso y tan minuciosamente ejecutado en el que Reinaldo era el asunto principal. El aficionado á pintura no podía ocultar su gozo y su asombro, y manifestaba una admiración y un entusiasmo que á ojos de Rosalía podía muy bien pasar por ternura.

Desde este punto de vista el destino no había mimado nunca á la joven, y nunca, ningún hombre se había ocupado de ella. Su rostro pálido y enjuto con pómulos salientes y boca meditabunda, estaba iluminado por unos ojos negros, más vivos que hermosos y que, aún cuando revelaban inteligencia, no ofrecían ninguna seducción. Por lo demás, no tenía pretensiones, y cumplidos los veinticinco años se resignaba sin esfuerzo á permanecer soltera.

Una turbación deliciosa, causada por el entusiasmo de Reinaldo, se produjo en ella, y debida tal vez al reconocimiento por el hombre á quien debía su reputación artística, ó tal vez á su tímida inclinación por el buen mozo que le servía de modelo. En secreto y sin confesárselo á sí misma, empezó á querer á Reinaldo, y trabajaba en su retrato con ardor que tenía mucho de fervoroso. Su entusiasmo no era el mismo que cuando hacía el re-

trato de la señora Brown. Ahora daba pinceladas rápidas y acariciadoras, como si cuando lo posaba en el rostro del joven sus labios estuviesen al extremo de su pincel. Al encontrarse sola con él en el amplio gabinete en que los esplendores de la pintura moderna estaban colgados de las paredes, una voluptuosidad secreta y deliciosa la transportaba. En aquella intimidad con obras maestras consagradas y su naciente amor, pasaba horas deliciosas. Gustosa hablaba con Reinaldo mientras trabajaba, y lo que el joven deseaba conocer, eran los años sombríos de su vida, las tristes horas vividas por las dos hermanas al pasar del lujo á la estrechez. No se cansaba de hacerse explicar las contrariedades de Genoveva, los fracasos sufridos, las insolencias de gentes que poco antes se las daban de protectores. Prodigábase en críticas amargas con respecto á la cobardía y al egoísmo de los hombres. Si él hubiese estado á su lado, si las hubiese conocido antes, qué pronto hubiera reparado las injusticias del destino. Pero todo era reparable todavía, y de modo vago, que sin embargo parecía clarísimo á Rosalía, daba á entender que intervendría gustoso en los destinos de la familia.

III

Aquella tarde, la señora y la señorita Hertelín habían ido á visitar á la abuela de Reinaldo Brown, y ésta las había conducido al gabinete en que Rosalía daba los últimos toques al retrato de su nieto. Rosalía siguió trabajando mientras el americano hizo los honores de su colección á su madre y á su hermana. Genoveva, vestida con mucha sencillez, con un cuerpo ajustado á su espléndido talle y su rostro que iluminaban magníficos ojos negros, contestaba con sonrisas á las inflamadas miradas del joven, y con atenta amabilidad oía las explicaciones que él daba sobre los cuadros colgados de las paredes.

En realidad sólo atenta á sus pensamientos, ni siquiera escuchaba cuanto le decía. Se veía ya dueña de aquella suntuosa morada, disponiendo de las fabulosas riquezas de aquellos extranjeros, y apoyada en centenares